

## **BREVIARIO PARA PENSAR**

### **A PROPÓSITO DEL DÍA E**

**Alejandro Álvarez Gallego**

Director Instituto Pedagógico Nacional  
Universidad Pedagógica Nacional  
Grupo Historia de la Práctica Pedagógica

Por resolución Nº 2146 del 5 de febrero de 2016 el Ministerio de Educación ha convocado de nuevo a la comunidad educativa, en particular a los rectores y maestros, a realizar una jornada para reflexionar sobre el Índice sintético de calidad que ha diseñado como mecanismo para evaluar a los colegios del país. Acompaña a la resolución un kit de materiales con actividades didácticas que describen paso a paso lo que estudiantes, padres de familia y maestros, deben hacer en dichas jornadas. De qué se trata?

Como el pensamiento, nada es más simple y más profundo que la pregunta de un niño. Es simple por que es ingenua, y es profunda porque es honesta. Las preguntas a veces testarudas, a veces obvias, las preguntas que menos se esperan, las que nadie se ha hecho, las que develan lo extraño de lo cotidiano, todas ellas, como el pensamiento, habitan la escuela, y están dibujadas en los rostros de los niños y niñas. El pensamiento, en vez de simplificar las cosas, deja ver su multiplicidad y su complejidad.

En la escuela prima la audacia sobre la maldad, la rapidez sobre la pesadez, lo imprevisto sobre la rutina. Los niños y niñas nos tienen acostumbrados a ello. Ese es el ritmo en el que viven los maestros, el ritmo de lo inesperado, de lo contingente, de lo impensado. Para enfrentar ese desafío diario, para trabajar con tan breves y trascendentales gestos, se necesita la inteligencia propia de un artesano, de un científico y de un artista; sólo quien está dispuesto a dejarse sorprender y a resolver sobre la marcha los desafíos propios de la nuda vida,

puede entender lo que significa moldear la arcilla, explorar el cosmos o forzar el lienzo, esto es: crear a partir de lo elemental. He allí la riqueza profunda del acto de enseñar. Sólo las manos que se dejan sorprender por la materia que la interroga, puede trabajar con ella hasta alcanzar la forma más bella que le es posible. Esto lo llamamos pedagogía, y está muy lejos de asimilar la sencillez a la estulticia.

No es fácil. Miles de circunstancias alteran la compleja tarea de sublimar la sencillez de las preguntas que trasnochán a los maestros para volverlas pensamiento. Son preguntas sencillas, si, pero inquietantes, siempre, a veces preocupantes, a veces tristes, muchas veces entusiastas.

Por eso creemos que el día E, que insisten en llamar de la excelencia, deberíamos llamarlo el día D, de la Dignidad. Porque si de algo se trata cuando nos convocan a dedicar un día para reflexionar sobre lo que hacemos, es de reconocer la grandeza de esta labor. Si se quiere insistir en la excelencia debemos decir que lo que hacemos todos los días es ya excelente, y como acabamos de señalar, sublime. Somos profesionales y nuestro saber, que consideramos tan elevado como el que más, debería ser condición sine qua non para que el Ministerio pudiera orientar con inteligencia el destino de la educación; pero para eso ha de confiar en nosotros y dejarse guiar por la sabiduría que transforma las sencillas preguntas de los niños en experiencias formativas. Los pedagogos somos nosotros.

Parece loable que el interés del Ministerio de Educación quiera mejorar la calidad de la educación; pero quizás en vez de destinar tantos recursos y tiempo en diseñar estrategias para conducir con preguntas, que apenas se acercan a la epidermis de la escuela, el quehacer de los maestros, sería propicio contar con el apoyo solidario al trabajo que hacen con inteligencia. Son los maestros quienes deberían ser llamados por el Ministerio para orientar las mejores decisiones acerca de qué es lo que más necesitan los colegios. La sabiduría implícita en nuestro trabajo diario, podría sistematizarse en jornadas por la Dignidad para que el Ministerio reconociera allí lo que pasa en las escuelas y se dispusiera a ayudarlas para mejorar las condiciones en las que aprenden los niños. Esto requeriría fundamentalmente dejarse guiar por los profesionales a quienes la sociedad ha encomendado la labor de formar las nuevas generaciones, esto es, confiar en ellos.

Pero el día E parte de otro supuesto. Considera que los maestros deben organizar su quehacer alrededor de cuatro indicadores que en vez de enriquecer, distraen lo que hacen con tanto ingenio. Lo que llaman Progreso (que mide cuánto se ha progresado con relación a las pruebas saber), Desempeño (que mide cómo está el colegio con relación al resto del país), Eficiencia (que mide cuántos estudiantes aprueban el año escolar), Ambiente escolar (cómo es el ambiente de aula), está muy lejos de acercarse a lo que realmente acontece en la escuela. El Ministerio se arroga la función, que no le corresponde, de educar a los educadores, sin conocer lo que hacen y lo que saben; en cambio propone guiarse por cuatro indicadores controvertibles:

- Las pruebas censales, todos lo sabemos, dicen muy poco de lo que aprenden nuestros estudiantes; pensar que se puede progresar en el saber es desconocer algo que la ciencia y sobre todo la sabiduría ancestral siempre han reconocido, y es que allí no se progresa, se crea.
- Un colegio nunca es comparable con otro; eso lo han reiterado insistentemente todos los pedagogos, sin excepción; entonces ¿desempeño frente a quién?
- Perder un año escolar es un acontecimiento tan dramático como pedagógico, y los maestros se encuentran año a año allí con una de las decisiones más difíciles que deben tomar como profesionales; ¿por qué ha de ser este un indicador de eficiencia?
- Y el ambiente escolar no se puede reducir al ambiente en el aula, eso no debería ser difícil entenderlo. En el día a día de la escuela los maestros deben enfrentar los dramas de la pobreza, la violencia intrafamiliar y la soledad globalizada; ¿cómo no tener en cuenta esto?

Pero lo que nos preocupa no es el Índice Sintético de Calidad en sí, bastante precario a nuestro parecer, sino la pretensión de tomarlo como referente para orientar las inversiones que se hagan en los colegios y juzgar el trabajo de los maestros o de los rectores. No solamente es injusto, sino arbitrario. El referente de lo que es una buena educación lo tenemos nosotros. En vez de medir nuestro quehacer tendrían que consultarnos.

Con todo, hay algo más preocupante aún, y es pensar que los maestros trabajamos como los deportistas, jalonados por metas. La metáfora de los juegos olímpicos, como la metáfora del mundial de fútbol en el 2015, es tan desafortunada, como creer que estamos en una competencia; qué lejos sentimos allí al Ministerio.

Finalmente, no es admisible la terca idea de que pueden inducir la llamada calidad con ejercicios tan simples como los que se nos propone en este desconcertante día E. Los maestros, como los niños, no pensamos con una lógica de perogrullo, como la que se maneja en las guías que han difundido con un derroche de recursos que molesta. Los rompecabezas y los videos, así como los textos que nos sugieren, son tan básicos que aburrirían a nuestros niños, niñas y jóvenes. La sencillez con la que preguntan los niños es tan honda como la que la pedagogía requiere para responderles, y de eso sabemos los maestros; no nos gusta armar rompecabezas tan fáciles, ni responder preguntas cuya respuesta induce a simplificar las cosas, en cambio sí, nos gusta pensar.

Al los rectores: regalémonos el día D. Los estudiantes, los padres de familia y los maestros, nos sorprenderán.

Bogotá, 12 de abril de 2016